

A propósito de La Pintana: Debate público de autoridades literarias y especialistas.

Orlando Sepúlveda Mellado ¹

Agradecemos la iniciativa del Sr. Julián Salas, de España, por hacernos llegar las cuatro cartas publicadas en la Sección Opinión del Diario «El País», sobre el debate público en torno el origen, situación actual de la Población La Pintana de Santiago de Chile y algunos alcances sobre el movimiento poblacional vinculados con ella.

Este debate surgió a raíz de la primera carta que sobre el tema elaboró el conocido escritor peruano Sr. Mario Vargas Llosa, rebatida por el igualmente conocido escritor chileno Sr. Luis Sepúlveda y el Ingeniero Español Sr. Julián Salas; reconocido este último por su encomiable labor y aporte al problema de la vivienda en Latino América. El encontrado enfrentamiento de ideas y antecedentes de las primeras tres cartas es ponderadamente aclarado por el chileno, Dr. en Planificación Social, Director del Centro de Estudios Públicos y Profesor de la Universidad de Chile, Sr. Ignacio Irrarrázabal.

Estas cuatro cartas, ya abiertas al público en el Diario El País, constituyen un elevado y valioso aporte al tema de la vivienda, que es el permanente propósito y finalidad de nuestro Boletín. No podíamos perder la oportunidad de registrarlas en un solo documento, por lo que hemos considerado que la mejor solución era publicarlas juntas, de esta manera su relación

elevará indudablemente el conocimiento y apreciación del tema, gracias a la indiscutida ilustración y pluma de sus autores.²

Piedra de tope. El Evangelio según la Pintana.

Autor: Mario Vargas Llosa.
Diario El PAÍS, de fecha 14.01.96.
Sección Opinión.

Cada vez que menciono el extraordinario desarrollo alcanzado por Chile en los últimos años gracias a la privatización y a la apertura al mundo de su economía, me disparan estos cañonazos: «¿Y los pobres? ¡las políticas ultraliberales han hecho más ricos a los ricos y miserables a los que antes sólo eran pobres! ¿No sabe que casi el 33% de la población chilena está dentro de los niveles de pobreza, según la CEPAL? Cuando vaya a Santiago, no se quede en Vitacura y otros barrios siúticos, dese una vuelta por las «poblaciones» y descubra la «verdad».

¹ Director (r) y Editor Boletín Instituto de la Vivienda.

² Con fecha 24 de Marzo de 1997, fue solicitada formalmente a la Dirección del Diario El País (Madrid, España) autorización para publicar las cuatro cartas en el Boletín del Instituto de la Vivienda.

Obediente, apenas llegué a Santiago me las arreglé para pasar toda una tarde recorriendo la «población» donde vive la gente más pobre de la capital chilena. Está a unos 20 Km. al sur del centro de Santiago y tiene un nombre misterioso: **La Pintana**. Es un barrio enorme, de unas ciento cincuenta mil personas, que habitan todas en casas familiares, y que nació con un acto de fuerza, en el régimen militar. El ejército, en una sincronizada operación, rodeó un amanecer todos los descampados y terrenos de la ciudad invadidos por migrantes del interior, y trasladó a éstos al lugar que ahora ocupan, el que siguió creciendo, en los años siguientes, hasta alcanzar su conformación actual. La última migración importante de gente del campo a La Pintana ocurrió hace cuatro años, y ella se distingue de manera nítida, pues las viviendas de los últimos en llegar son más endebles y primitivas que las del resto del barrio. (En la actualidad, y a consecuencia del carácter descentralizado del crecimiento económico experimentado por el país ya no hay migraciones significativas hacia la capital).

La sorpresa mayor para el visitante que ha recorrido los «ranchitos» de Caracas, las favelas de Río, y de Bahía, los «pueblos jóvenes» de Lima y los barrios marginales de Managua o San Salvador es la falta de esos enjambres de moscas que allá revolotean por doquier y lo obligan a ir con la boca bien cerrada y las manos en lo alto, espantándolas, así como las pirámides de basuras acumuladas en las esquinas y los olores putrefactos que despiden. En La Pintana no hay moscas, ni basuras, ni pestilencia, porque una compañía privada que ganó la licitación convocada por el municipio recoge a diario los desperdicios callejeros de todo el distrito. Aunque las principales avenidas tienen asfalto, la mayor parte de las calles son aún de tierra apisonada. Hay muchos parques y plazas; algunos con árboles y césped y juegos infantiles. Todo el barrio tiene agua

potable, luz eléctrica y alcantarillado, una comisaría y una estación de bomberos, y hay escuelas primarias suficientes para cubrir la demanda escolar (no así la secundaria). Los dispensarios de salud alcanzan a prestar primeros auxilios, pero no hay hospital o clínica en las inmediaciones.

Todos los vecinos son propietarios legales de sus casa. Junto con el lote de terreno, recibieron sus títulos de propiedad. Y un gran número de ellos se benefició de un programa que, con fondos del BID (Banco Interamericano de Desarrollo), permitió construir en cada lote una caseta sanitaria -de seis a diez metros cuadrados-, con baño, cocina y conexión para lavadero en torno a la cual, y según el empeño, posibilidades y espíritu de cada familia, ha ido surgiendo la vivienda. Resulta fascinante ver cómo las casas, con un punto de partida semejante -esa caseta que se reconoce en todas como el embrión o semilla de la construcción-, se han ido luego diferenciando, en forma tamaño y estilo, hasta constituir una abigarrada pluralidad, infinitamente más humana y estimulante que esas regimentadas urbanizaciones «populares» de casitas idénticas, que parecen las casamatas de un cuartel o las cuadras de un campo de concentración. Las hay de dos pisos y con balcones; de uno solo o con jardín, y otras con una cochera que hace a la vez de bodega, restaurante o taller de artesanía. Las más modestas son de madera o de materiales de derribo, pero la mayor parte de ladrillo o cemento, y no vi ninguna de esteras o simples tablones con una calamina encima.

Los índices de desocupación en La Pintana se equiparan con el promedio nacional: unas décimas por debajo del 5% (el más alto nivel de empleo de toda América Latina y uno de los más elevados del mundo). La inmensa mayoría de los puestos de trabajo de los vecinos se hallan lejos, en los parques industriales, y, aunque hay servicio de autobuses

que conecta el distrito con el centro y otras zonas de Santiago, todos se quejan del coste del transporte, severa carga para la economía familiar.

Me llamó mucho la atención no ver, en cerca de cuatro horas de incesante recorrido por las calles de La Pintana, ni un solo letrero o gráfico político en las paredes. Lo que más se podía acercarse a ello era una convocatoria a un acto artístico-musical de una Organización Víctor Jara, que, tal vez -nadie lo sabía con certeza-, patrocinaba el Partido Comunista. Me desconcertó esa indiferencia política de todos con quienes conversé, pero aún más el hecho de que, como compensando ese apoliticismo, la religión -debería decir mejor las religiones- parecía gravitar por doquier y filtrarse por todos los resquicios de La Pintana. Sólo en los pueblos indígenas y ladinos que circundan el gran lago de Guatemala, o en algunas barriadas de la periferia limeña, he visto una proliferación de templos e iglesias protestantes como en La Pintana. La famosa «penetración de los Evangélicos», que, según el profesor Peter Berger, está revolucionando sociológica y culturalmente a América Latina, es en esta «población» una realidad abrumadora. La religión Católica parece haber perdido terreno aquí frente al empuje de estos pastores bautistas, pentecostalistas, cuáqueros, mormones, testigos de Jehová y de decenas de otras iglesias, de celo misionero que han sembrado el barrio de «tabernáculos». No he consultado estadística alguna, pero tuve la impresión de que por cada capilla católica había dos templos protestantes.

Visité las casas de tres pastores. Los tres habían «comenzado a caminar» (usaban siempre esta expresión para explicar sus versiones) luego de alguna experiencia traumática, y, leyendo y divulgando la Biblia, encontraron sosiego, orden, felicidad. El más joven de ellos tenía la mirada quieta y la sonrisa mansa de fanático. En la calurosa tarde

que nos empapaba las camisas, su mujer y sus hijas iban pudorosamente cubiertas -brazos, piernas, hombros, cuellos- y con las cabelleras hasta la cintura, pues ¿por qué ha de cortarse el hombre o la mujer lo que Dios le ha dado?, mientras él nos explicaba las ventajas espirituales de no drogarse, no fumar, no beber, no bailar, no ir al cine ni ver televisión. Estaba indignado de que se hubiera presentado en el Congreso un proyecto de Ley para permitir el divorcio. Los otros dos pastores eran más campechanos, flexibles y simpáticos. El segundo estaba orgulloso de sus hijas, y con razón; la mayor acababa de graduarse como analista de programas y lo ayudaba en el templo: una joven inteligente, que nos habló con gran desenvoltura de los problemas más urgentes de La Pintana. ¿Cuál es el más grave? Todos coincidieron: la droga. Cada vez hay más jóvenes que consumen «pasta base», la que se vende en cada esquina, al anochecer, y es causa de pendencias y robos y asaltos. Cuando le pregunto si cree poder resistir mucho tiempo más sin bailar ni asistir a fiestas, como otras chicas de su edad, me asegura que sí. La pugna con los católicos subyace en todos los diálogos con las familias y aflora por fin cuando le pregunto al tercer pastor si, así como colabora con sus «hermanos» de otras iglesias evangélicas en cuestiones de asistencia social, lo hace también con los párrocos católicos. Abre mucho los ojos y su cara se enfurruña: «¡Jamás!». (Diré, de paso, que este ambiente de religiosidad recalcitrante y de moralina exagerada no es monopolio de los focos evangelistas de las «poblaciones»; en las clases medias y altas chilenas es también algo visible, pero en este caso, por obra de la acción -al parecer, cada vez más exitosa- de las organizaciones más conservadoras de la iglesia católica. Creando o no: todo parece indicar que el proyecto de ley de divorcio será derrotado en el Congreso.

La Pintana es un barrio pobre, desde luego, y hay una

distancia muy grande entre las condiciones de vida de sus pobladores y las de los barrios elegantes de Santiago, erupcionados de rascacielos, refinadas boutiques y supermercados rutilantes, idénticos a los de Miami. Pero en Lima, Río, Caracas o México, La Pintana no sería un asentamiento de gentes marginales y miserables, sino de clase media modesta, cuyos vecinos han dejado atrás las condiciones inhumanas de existencia en que se hallan todavía cientos de miles de familias, y comienzan a ascender en la escala social y conquistar unos coeficientes mínimamente aceptables. Mis críticos tienen, pues, razón: para descubrir la verdad del «milagro» chileno no hay que quedarse en Vitacura, sino patearse La Pintana.

Dicho esto, ¿todo va requete bien en Chile? Me temo que no. Tengo el angustioso palpito de que no tan bien; de que, luego de la dinámica reformista que se mantuvo en los años del Gobierno de Patricio Aylwyn, ahora hay un cierto estancamiento, derivado acaso de la complacencia con estos récords económicos que todo el mundo admira: El Gobierno de Frei ha frenado las privatizaciones y nadie menciona siquiera la transferencia a la sociedad civil de Codelco, la gran empresa pública del cobre. Está en debate una reforma de la legislación laboral, de carácter intervencionista, que acabaría con la flexibilidad y la libre contratación que fue uno de los factores decisivos en la creación del millón de empleos en los últimos cinco años. Y un sector de la coalición gubernamental pugna por introducir decisiones manipulatorias con los fondos de pensiones, que podrían llegar a desnaturalizar en su misma esencia la gran reforma del sistema previsional, que, además de desburocratizar el Seguro Social, generó una formidable fuente de recursos para financiar el desarrollo industrial chileno.

De otro lado, el perfeccionamiento de la democracia,

que, no hay que olvidar, está aún demasiado entrampada por la tutoría sobre ella que la Constitución concedió a las Fuerzas Armadas, encuentra formidables obstáculos. Un signo alentador, en esta pugna entre los demócratas y los nostálgicos del ancien régime, es que un partido de la derecha, Renovación Nacional, haya tomado partido a favor de la reforma constitucional. Pero lo que parece un irritante continuo, y acaso peligrosísimo a mediano plazo, es la incertidumbre sobre lo que va a ocurrir con los centenares de casos de abusos y crímenes cometidos en tiempo del régimen militar, que se ventilan entre los tribunales por acción de parientes de las víctimas o de asociaciones de derechos humanos. La condena del General Contreras, el ex jefe de la DINA, provocó una tensión enorme que, de repetirse, podría poner en serio riesgo la legalidad democrática. Chile, que en política económica ha dado tan excelente ejemplo al resto del mundo, debería, en lo que concierne a bregar con su pasado inmediato, mostrar la misma audacia y resolución que mostró España (o que han mostrado Nicaragua o El Salvador), a través de un gran acuerdo de todo el espectro político, para reventar ese absceso de una vez y enterrar sus secuelas antes de que la materia purulenta que antaño causó tanta división y sufrimiento en la sociedad chilena venga también a emponzoñar su presente.

La Pintana y Vargas.

Autor: Luis Sepúlveda.

Diario El PAIS, de fecha 22.01.96.

Sección Opinión.

Querido Mario Vargas Llosa; recordarás que hace un año, en Aix-en-Provence, te comentaba de cierta ocasión en que, por hablar con la apasionada

admiración que siempre me suscita tu obra, soporté un baño de huevos y tomates en la Universidad de Hamburgo. Aquel baño iniciático me confirmó que, si bien es cierto que no comparto tus opiniones políticas, también lo es que estoy dispuesto a soportar los innobles baños que sean necesarios con tal de defender tu derecho a expresarlas. Pero ocurre que también defiende el derecho de expresión de aquellos que no cuentan con los medios para hacerlo, por ejemplo, los habitantes de La Pintana, barrio de Santiago del que casualmente y a mucha honra provengo. Y como la única limitación que debe respetar la libertad de expresión es aquella determinada por la veracidad de nuestras afirmaciones, es que quiero hacerte algunas precisiones, y que se refieren a tu Piedra de Toque publicada el domingo 14 de enero.

1. El barrio de La Pintana no «nació con un acto de fuerza y en el régimen militar». Sus orígenes, o su génesis, se remontan a comienzos de siglo, cuando, luego de la gran crisis del norte salitrero, se trasladan a Santiago cerca de medio millón de obreros desempleados, en el que fuera uno de los más violentos y dramáticos procesos migratorios que conoce la historia latinoamericana. Violento, porque aquellos obreros que entre 1903 y 1907 pagaron con más de siete mil muertos -asesinados por el Ejército chileno- la riqueza que generó el salitre fueron expulsados por el hambre y la sed del desierto de Atacama. El capitalismo, una vez que consideró no rentables las explicaciones salitreras, simplemente los abandonó a su suerte. Y dramático, porque esos quinientos mil seres humanos llegaron a una ciudad, Santiago, que no tenía como recibirlos.

Por fortuna, esos quinientos mil no iban solos. Con ellos llevaban algo que no se puede medir en términos de mercadotecnia, y se llama capacidad de resistencia, de organización, optimismo, sed de vida,

es decir, cultura de clase. Con ellos nacieron numerosos barrios que empezaron a cambiar la fisonomía de Santiago y la cultura misma de la gran ciudad. Nació, por ejemplo, el barrio de la Chimba, en un lugar al norte del Río Mapocho, que de cero habitantes pasó a tener doscientos mil, los que no sólo se preocuparon de solucionar sin apoyo estatal sus problemas de vivienda, sino que también, por ejemplo, fundaron la Universidad Fermín Vivaceta, institución en la que se formaron generaciones de obreros gráficos de todo el continente. Pero la Chimba, Cerro Navia, Cerro Blanco, fueron soluciones de emergencia que no llenaban las aspiraciones de calidad de vida de aquellos trabajadores.

El 26 de octubre de 1906, la Cámara de Diputados de Chile expulsaba por segunda vez a un parlamentario llamado Luis Emilio Recabarren, obrero, salitrero, y del que EL Mercurio, periódico muy lejos de cualquier intención de izquierda, escribió: «Ese Diputado por Antofagasta es uno de los pocos hombres en Chile que han llegado hasta el Congreso exclusivamente en virtud del voto popular, por la simple, libre y espontánea voluntad del elector. ¿Puede haber en el Congreso de Chile un diputado más legítimamente elegido?». En su discurso de despedida, Recabarren dijo: «Se me acusa de traer la división de clases al Parlamento. Pues bien, yo represento a un conglomerado humano cuyas máximas aspiraciones no son las riquezas de los dueños de las tierras o de las minas. Yo represento a aquellos que quieren trabajar, producir, y tener una casa, un patio, un parrón bajo el cual santificar dignamente los domingos». Los habitantes de la Chimba y otros barrios jamás dejaron de soñar con una casa.

Algunos de ellos, de mineros pasan a ser peones de las viñas que rodeaban Santiago, especialmente la parte sur de la ciudad, y es así que en 1916 cerca de cuarenta familias obtienen la autorización del dueño

de la viña Concha y Toro para instalarse en los galpones destinados a la reparación y pintado de los barriles. El lugar, en jerga campesina, se llamaba La Pintana.

2. La instalación de los obreros en conventillos dio lugar a una innoble especulación con los alquileres. Vivían en condiciones infrahumanas. Ricardo Latchman, en su Historia de la Arquitectura chilena, apunta: «la vida en los conventillos no podía ser más insalubre. De seis a diez personas representativas de tres generaciones compartían quince metros cuadrados, sin agua, sin alcantarillas, con una letrina para cada veinte o más familias». Los Gobiernos intentan poner parches a la dramática falta de vivienda construyendo algunas «poblaciones» que no dan abasto. Entonces se produce la primera «toma de terrenos» en un solar al sur de Santiago que pasa a llamarse «Campamento Herminda de la Victoria», en homenaje a una mujer asesinada por la policía en un intento de desalojo. Hoy se le conoce popularmente como «La Victoria», y fue irreductible para el gobierno militar. Allí nacieron las protestas populares que tanto contribuyeron al fin parcial del régimen militar y a la también parcial recuperación democrática. Allí murió, por ejemplo, entre otros 136 pobladores, el sacerdote belga André Jarlán, muerto por una bala que lo atravesó y finalmente se incrustó en el evangelio que en ese momento leía. Cualquiera puede visitar esa población y palpar el libro perforado.

También hasta La Pintana llegaron gentes que soñaban con el derecho de habitar una vivienda digna, y entre 1962 y 1970, su población crece de tal manera que alcanza la categoría de municipio reconocido. Su primer alcalde se llamó Pascual Barraza y era militante comunista

3. Afirmar que en La Pintana «no hay moscas, ni basuras, ni pestilencia porque una compañía privada

que ganó la licitación convocada por el municipio recoge a diario los desperdicios callejeros de todo el distrito», no es sólo un insulto a la dignidad de los que ahí viven, sino también un lamentable pecado de desinformación. Cuando ocurría una toma de terrenos, la primera respuesta de los Gobiernos era la represión y el aislamiento. Hasta el Gobierno de Allende incurrió en el mismo error en la Hermida. Però la respuesta de los pobladores era múltiple, y además de defender los terruños, lo primero que organizaban eran los servicios de limpieza, salubridad y educación, que siempre funcionaban ejemplarmente, por que los pobres no son productos de malformaciones genéticas conducentes al cretinismo, sino víctimas de un orden injusto y del que quieren librarse. Podrías haber visitado La Victoria, queda más sobre el centro de Santiago que La Pintana. Hubieras visto el mismo orden y la misma limpieza, y habrías conocido la historia de ese conglomerado humano contada con el legítimo orgullo de los insurrectos.

4. El gran problema de los chilenos no es la posibilidad del naufragio del «modelo chileno», sino la gran laguna mental y emotiva que intentan imponerles escamoteándoles la historia, su historia, que quieren conocer con todo su rigor. Ignoro de dónde sacas eso de que «El Ejército, en una sincronizada operación, rodeó un amanecer todos los descampados y terrenos de la ciudad invadidos por migrantes del interior, y trasladó a éstos al lugar que ahora ocupan, el que siguió creciendo en los años siguientes hasta alcanzar su conformación actual». Eso es simplemente falso. Nunca el Ejército rodeó todos los descampados. El simple intento de entrar a La Pincoya, al campamento vienteiseis de Enero, a La Victoria, a La Legua, hubiera significado un enfrentamiento con un saldo demasiado alto de víctimas civiles y militares. Tampoco es cierto que se trataba de terrenos invadidos por migrantes del

interior. Los ocupantes de esos solares eran mayoritariamente gentes de Santiago que no tenían dónde vivir.

5. Todo esto, querido y admirado Mario, es recuperación de la historia. Es negarse a aceptar la amnesia como razón de Estado. Es decir no al olvido por decreto del capital.

Aprecio y agradezco tu interés de preocupación por esa urgente preocupación de «bregar con el pasado inmediato» que caracteriza al Chile de hoy, pero la única manera digna y eficaz de hacerlo es reconociendo la historia tal como fue. Las víctimas no han pedido ni piden venganza. Piden justicia. Piden el ejercicio de un valor absoluto que no puede ser relativizado en función de un pretendido éxito económico. Tú sugieres que Chile muestre la misma la «misma audacia y resolución que mostró España». Estoy de acuerdo. Y es más: propongo que Chile, para arreglar definitivamente cuentas con su pasado, muestre la misma audacia y resolución que hoy muestra España al investigar a los responsables del terrorismo de Estado. No hay nada más audaz que enfrentarse a toda la verdad. Finalmente, creo que todavía es válido pensar que sólo los pueblos que conocen a fondo su historia no vuelven a incurrir en sus mismos errores

Cuatro horas en la Pintana.

Autor: Julián Salas
Diario EL PAIS, de fecha 17.01.96.
Sección: Cartas al Director.

Nuestro reciente académico Vargas Llosa parece haberse propuesto, desde las columnas de Piedra

de Toque, aleccionarnos sistemáticamente con sus postulados políticos, ilustrándonos y alertándonos sobre lo bueno (Chile, El Evangelio según La Pintana, EL PAIS del 14 de enero de 1996) y lo pernicioso (Cuba) de América Latina.

El autor de tantas obras inolvidables, tras dignarse «pasar toda una tarde recorriendo la población más pobre de la capital chilena», comprobó que «en La Pintana no hay moscas, ni basura, ni pestilencias», porque una compañía privada «ganó la licitación por el municipio», y tiene la osadía de concluir recomendándonos que, «para descubrir la verdad del milagro chileno, no hay nada que quedarse en Vitacura, sino patearse La Pintana. Puede que no le diera tiempo, en sus cuatro horas de intenso recorrido, para conocer el fenómeno masivo de los allegados chilenos; de percatarse del hacinamiento como forma de vida (menos de cinco metros cuadrados por persona); de la tasa de ocupación por cama (del orden de 2.6); tampoco parece que le informasen los maestros de las escuelas visitadas de los alumnos que los lunes, al tomar el desayuno escolar, vomitan tras la forzada abstinencia del fin de semana.

Vargas Llosa parece poner en duda que más de la tercera parte de la población chilena se encuentre catalogada de «pobre»; puede que considere trivial «que el 20% más pobre de los chilenos reciba un 3,3% del producto nacional, mientras que el 20% de la población de mayores ingresos obtiene el 60,4%» (Banco Mundial, 1995). Puede que los que le informasen sobre los bajos índices de desocupación de La Pintana -a los que creyó sin objeción- no reparasen en contarle que en Chile no hay seguro de desempleo, o que el salario base no alcanza las 16.000 pesetas al mes.

Como viviendista profesional quiero agradecerle a Vargas Llosa la defensa lúcida y brillante que hace en su artículo de la «vivienda progresiva» en base a

lotes con servicios. Pero permítame que le informe que este tipo de soluciones habitacionales son y fueron practicadas y apoyadas por los Gobiernos democráticos (Allende, Aylwin y Frei), sufriendo un parón forzado en su práctica durante el régimen militar.- Julian Salas. Madrid.

La Pintana, Vargas Llosa y Sepúlveda.

Autor: Ignacio Irrarrázabal.
Diario EL PAIS, de fecha 03.02.96.
Sección: Opinión.

Está claro que Luis Sepúlveda conoce los movimientos de poblaciones de Santiago de Chile en las últimas décadas y a principios de siglo. Sin embargo, los hechos están con Vargas Llosa. Entre los nombres que Sepúlveda cita, es posible encontrar a la mayoría de las poblaciones que tuvieron importancia en las reivindicaciones sociales de los años sesenta y setenta, y las que se organizaron fuertemente contra el gobierno militar. Así por ejemplo, La Pincoya, La Victoria, La legüita y La Hermida. Cabe recordar que esta última fue la sede operativa del mítico Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Sin embargo, en mi opinión, Sepúlveda confunde esta rica historia de movimientos sociales con el llamado «proceso de erradicación de campamentos» que a comienzos de la Década de los ochenta llevó a cabo el gobierno militar.

Asimismo, Sepúlveda insiste en asociar confusamente a la comuna de La Pintana con la emblemática población La Victoria, localizada en la actual comuna de San Joaquín. Las características de ambas son muy diferentes. En La Pintana no hay «conventillos ni cites», y la mayoría de las viviendas

son de reciente construcción. Tampoco hay una historia de movimientos sociales y políticos siquiera comparables a la de La Victoria. Salvo la población San Pablo de Rocka, anterior a la creación de La Pintana como comuna, su territorio estaba destinado íntegramente a la agricultura. De hecho, algunas zonas de la actual comuna tomaron su nombre de los fundos que allí existían. Este es el caso de la población Santo Tomás, por ejemplo.

Por último, su confusión también lo lleva a algunos traspies históricos. La comuna de La Pintana fue creada por un decreto de rango legal el 9 de marzo de 1981, esto es, pleno Gobierno de Augusto Pinochet. Más aún, durante todo el gobierno militar los alcaldes fueron designados por el propio Pinochet, quien por razones obvias nunca nombró a un militante comunista como alcalde de La Pintana fue un señor Jorge Torres, quien a la fecha era coronel de Ejército.

Hechas estas aclaraciones, interesa ir al tema de fondo. El proceso de erradicación de campamentos impulsado por el Ministerio de la Vivienda entre 1979 y 1984, significó la relocalización de alrededor de 172.000 personas dentro del Gran Santiago. De acuerdo a una investigación dada a conocer por la revista Estudios públicos (número 24, 1986). La Pintana fue una de las mayores receptoras netas de ese proceso. En otras palabras, sólo recibió habitantes y no entrego a otras comunas. A modo de ejemplo, La Pintana recibió a personas que venían del campamento El Esfuerzo localizado a orillas del río Mapocho, para ubicarlos en el sector de El Castillo. En efecto, según las estadísticas de la propia comuna, su población se duplicó entre 1982 y 1988: de 73.730 habitantes a 166.551.

Con todo, lo anterior exige matizar la frase figurada de Vargas Llosa en el sentido de que este proceso fue «una operación sincronizada del Ejército en un

amanecer". Ciertamente, la erradicación de poblaciones fue una política de Estado durante el gobierno militar, pero es evidente que la relocalización de 172.000 personas no se pudo hacer en "un amanecer" ni en dos. Aun así, en el caso de La Pintana la duplicación de la población se produjo en un lapso extraordinariamente corto.

También se debe analizar con mayor cuidado la "coactividad" del proceso. Como es público y coincide, éste no fue un proceso voluntario. En los casos en que los pobladores se negaron a partir fueron conminados por la fuerza pública. Sin embargo, no debe olvidarse que a pesar de lo rápido y compulsivo, las erradicaciones fueron planificadas. Las familias que previamente vivían en terrenos ocupados en forma ilegal, sin accesos a servicios básicos de urbanización, recibieron un terreno urbanizado con agua potable, electricidad, baño, una pequeña construcción a partir de la cual proyectar la vivienda definitiva y, principalmente, el título de dominio del sitio en el cual se instaló la vivienda. Ello no elimina el carácter dramático que tuvo el proceso, pero lo hace más analizable desde el punto de vista social, que es el que me interesa.

De acuerdo a una investigación realizada por el Centro de Estudios Públicos (Santiago de Chile) se pudo comprobar cómo las personas de escasos recursos que recibieron esas modestas soluciones habitacionales comenzaron a mejorarlas sistemáticamente. La evaluación mostró que las familias entrevistadas, tras nueve años de habitar en esas viviendas, habían realizado importantes mejoras. Éstas se reflejan no sólo en la construcción de habitaciones y espacios adicionales, sino también en un mejoramiento del entorno habitacional, como pequeños jardines, mejoramiento de la fachada y otros aspectos. Adicionalmente, el estudio comprobó que el mejoramiento de la vivienda está asociado a

una actitud de esfuerzo de los propios pobres por salir de su condición. Por ejemplo, las familias que muestran un mayor mejoramiento en la vivienda exhiben una mayor preocupación y dedicación a la educación de sus hijos, mayor permanencia en el empleo y una mayor estabilidad familiar. En suma, a juicio de los propios entrevistados en el estudio, superar la pobreza es un desafío que depende principalmente de su propio esfuerzo. Es interesante constatar que los propios pobladores no reconocen a las políticas sociales como los canales más efectivos para la superación de la pobreza.

De esta manera, la mencionada investigación recoge empíricamente el concepto de "dignidad" de las personas de escasos recursos, que bien reivindica Sepúlveda. Por lo demás, creo que esto también es reconocido por el propio Vargas Llosa, puesto que él también advierte el empeño autónomo que subyace el surgimiento socioeconómico de los pobres de La Pintana.

Para terminar, quiero valorar la discusión que se ha generado por la visita de Vargas Llosa a la comuna urbana más pobre de Chile. Ésta nos ha obligado a una nueva reflexión que, más allá de aclaraciones puntuales, nos lleva a revalorizar el esfuerzo que las personas pobres hacen en países como Chile por superar su condición. Al mismo tiempo, la discusión nos conduce a replantearnos la política social a futuro. Se hace necesaria una política que incentive a las personas pobres a surgir, que recompense los esfuerzos posibles en un contexto de pobreza y que, antes que las prioridades que dictamina un funcionario estatal, tome en cuenta las que los mismos pobres jerarquizan.